

# LA POLÍTICA, DESPUÉS DE ANDREOTTI

Enrique San Miguel Pérez  
Universidad Rey Juan Carlos

## 1. "Soy póstumo... de mí mismo"

Cuando en 2008 Massimo Franco le comunicó a Giulio Andreotti que deseaba escribir su biografía, y quería contar con su directa presencia y participación en su composición, Andreotti, a punto de cumplir los 90 años, le respondió de una manera, si cabe, más más enigmática que de costumbre: "no me gustan las biografías estando vivo. Pero entiendo que se ocupe de mi vida; en un cierto sentido, yo soy póstumo de mí mismo"<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> FRANCO, M.: *Andreotti. La vita di un uomo politico, la storia di un'epoca*. Milano. 2008, pp. 3 y ss.

Antonio Ghirelli decía que, para un periodista, Andreotti era, en términos futbolísticos, uno de esos jugadores a los que hay que marcar toda la vida<sup>2</sup>. Como historiador, creo que Ghirelli era muy optimista. Se puede marcar, en efecto, a un jugador durante toda una vida. Pero siempre que se le pueda ver. Y Andreotti era muchas veces invisible. Una de sus más consumadas habilidades era su capacidad para aparecer en la cancha como de improviso, libre de marcaje. Y anotar.

Obviamente, recibía muchas patadas. Todas las patadas. Pero nunca se lesionaba. Durante los seis procesos a los que hizo frente, y nada menos que por acusaciones de asociación mafiosa y homicidio, siempre absuelto -aunque él aseguraba que "se le había acusado de todos los cataclismos acontecidos en Italia a lo largo de dos milenios, excepción hecha de las Guerras Púnicas"- nada pareció preocuparle. Ignoraba las calumnias y las difamaciones. Y decía que, únicamente, le había dolido que le llamaran ignorante y promovieran su destitución como miembro de las Academias Nacionales porque, sostenía, "yo provengo de una familia modesta; y para mí la legitimación cultural es más importante que la económica, la política, y la social". Así era Giulio Andreotti: "Belcebú", "el divino", "el zorro". El hombre que no quiso un homenaje del Senado al cumplir noventa años porque decía que, en todo caso, los homenajes eran para los centenarios.

Al principio de *Novecentto*, de Bernardo Bertolucci, un hombre disfrazado de *Rigoletto*, que comparte la misma limitación física grita compungido "¡Verdi ha muerto!". Y los espectadores sabemos que lo que ha muerto es su siglo. La periodización en la historia es una materia apasionante. Eric Hobsbawn, fallecido el 1 de octubre de 2012 con 95 años, vienés afincado en Londres, y como buen nacido bajo el reinado de Francisco José, muy longevo, decía que el siglo XX era el más corto, porque en términos históricos se extendía desde 1914 a 1989. Típica impaciencia marxista. Y en este supuesto, por fortuna,

---

<sup>2</sup> GHIRELLI, A.: *Democristiani. Storia di una classe politica dagli anni Trenta alla Seconda Repubblica*. Milano. 2004, pp. 98 y ss.

incruenta. Llegaron 2001, 2004, 2005, 2007... La historia, como la memoria, no responde siempre a variables meramente acumulativas. La factoría del recuerdo obedece a impulsos también emocionales. Que se lo pregunten a Proust. Un democristiano, además, es muy especialmente paciente en la medida del tiempo. Personalmente, confieso que mi siglo XX terminó el 6 de mayo de 2013. Decididamente, para lo bueno (casi siempre), para lo malo (a veces), la Democracia Cristiana pertenece a la primavera.

Andreotti nació en Roma en 1919, un 14 de enero, es decir, apenas días antes de la fundación del *Partito popolare* por Luigi Sturzo<sup>3</sup>. Considerando que Fabrizio de Salina decía que el "siempre" de los seres humanos equivalía a un siglo, Andreotti es el político que estuvo siempre. Hay políticos, en efecto, que se sobreviven a sí mismos. Que, para no volver, no se marchan. El hombre con magnífica memoria y, por lo tanto, carencia total de recuerdos. El problema de tener buena memoria es que no se puede nunca recordar cuando nunca se olvida. Uno puede intentar cantar *The way we were*, incluso en modo Barbra Streisand-Katie, sabiendo que Robert Redford-Hubbell acabará por escribir guiones-basura para la televisión-basura, y emparejado con una "chica encantadora". Pero la buena memoria es demasiado tiránica. Adicionalmente, Andreotti lo anotaba todo. Ha dejado un archivo de tres mil quinientos legajos. Publicó, por años, sus anotaciones diarias -1947, 1948, 1949- Esas anotaciones son ya un tesoro histórico.

Y ante esa historia, ante la "ciencia del cambio" de Marc Bloch, Giulio Andreotti es un político que pertenece a la segunda gran generación de la Democracia Cristiana, la siguiente a padres fundadores como Konrad Adenauer (1876), Alcide de Gasperi (1881) y Robert Schuman (1886), o figuras tan nuestras como Ángel Herrera Oria (1886) y Manuel Carrasco i Formiguera (1890). La generación

---

<sup>3</sup> STURZO, L.: *Il manuala del buon politico*. A cura di Gabriele de Rosa. Milano. 1996, pp. 59 y ss.

que integran figuras como Miquel Coll i Alentorn (1904) Bernardo Leighton, Giuseppe Lazzati y Alain Poher (1909); Josef Klaus (1910); Maurice Schumann, Joseph Luns y Eduardo Frei Montalva (1911), Benigno Zaccagnini (1912); Radomiro Tomić (1914); Mariano Rumor (1915); Aldo Moro y Rafael Caldera (1916). Una generación que cierran Patricio Aylwin (1918) y Richard von Weizsäcker (1920) La generación de los hombres que le dieron continuidad y profundidad al proyecto socialcristiano, hasta convertirlo en uno de los grandes discursos políticos de la vida democrática, y sin duda el más representativo de un siglo, el XX, que en términos políticos democráticos puede muy bien ser conocido como el siglo de la Democracia Cristiana.

Yo ví a Giulio Andreotti acudir a *Giolitti*, saludar siempre con una sonrisa prudente, pero abierta, reconociendo los rostros familiares, y tomar helado. Él mismo decía que los adoraba, que eran para él como un pecado. Lo tomaba apaciblemente, como un niño, sosegado, confiado y sereno. Yo comparto la misma pecaminosa adicción, como buen cántabro, hombre de la tierra cuyos pasiegos inventaron el "mantecado", eso que fuera del territorio de los cántabros se llama "helado de vainilla". Los helados saben a paseos con la primera novia (y con la segunda), a *Giolitti* en Roma y *Eissalon* en Viena, al verano interminable de los años universitarios.

Andreotti nació, como Gil de Biedma, "en los tiempos de la pérgola y el tenis". Pero en su modesta casa romana, tempranamente huérfana de padre, no existía un jardín como el de los Finzi-Contini en Ferrara, ni el coche de Hardcastle para que Charles Ryder y Sebastián Flyte pudieran salir de merienda al Oxfordshire. El hombre "póstumo de sí mismo" supo desde su primera infancia que tenía que vivir. Y eligió una identidad vivencial muy específica: el cristianismo. Pero el cristianismo del hombre de Estado. En ocasiones, un muy singular entendimiento de la identidad cristiana.

## 2. La verdad y la poesía del hombre común

Lo que resulta indiscutible es que ser cristiano convirtió a Giulio Andreotti en un hombre común. Es decir, excepcional en cuanto común. Cuando Robert Bolt, agnóstico militante, escribió *A man for all seasons* sobre los años finales de Tomás Moro, y después, a partir de su propia obra teatral, escribió también el guion que Fred Zinnemann llevó al cine en 1966, y que en España se llamó *Un hombre para la Eternidad*, declaró que no había pretendido describir otra cosa que la historia de un hombre común que se enfrenta la suprema disyuntiva de optar entre preservar su conciencia o morir.

A lo largo de la película, Paul Scofield, quien ya había interpretado a Moro en la escena londinense, se muestra como el hombre del Renacimiento, amante de la familia, de la lectura, de la música, y de los amigos, que en modo alguno de siente llamado al martirio, ni lo desea, y que confía en las sutilezas del derecho para conservar la existencia. El hombre que daría al diablo el beneficio de la ley en su propio beneficio, y que en el peor de los supuestos está deseando encontrar en el juramento debido al acta de sucesión el resquicio normal que le permita prestarlo y, así, escapar a la acusación de alta traición y a la propia muerte.

Pero el hombre común obedece a un móvil más simple y más poderoso. Cuando la familia Moro es autorizada a visitar al ya preso en la Torre de Londres, su hija predilecta, Meg, consumada humanista y maestra en lenguas clásicas, le interpela a su padre porque no está cumpliendo con el supremo deber de la supervivencia -"La guerra ha terminado. Sobrevivir es vencer", anotará Thomas Mann en su Diario el 9 de mayo de 1945- Tomás Moro, entonces, le responde a su hija: "no es sólo la razón... En último extremo, hija, es una cuestión de amor..."<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> BOLT, R.: *Un hombre para la Eternidad (A Man for All Seasons)* Madrid. 1967, p. 155.

El triunfo del hombre común es el triunfo de la donación y de la entrega. El triunfo del dar. "La política es una manera de darse a los demás", le respondió Robert Kennedy a su hijo David cuando le preguntó en qué consistía su trabajo. En el darse, además, está la única posibilidad de grandeza humana. Coco Chanel, de acuerdo con los pensamientos que anotó su amigo Paul Morand, mantenía que "el que piensa en sí mismo está ya muerto". Y, para el cristiano, el olvido de uno mismo es la salvación. O, como diría en el *Diario de un cura rural* de Georges Bernanos, después llevada al cine por Robert Bresson, su protagonista: "la Gracia es olvidarse". El donarse que, mantenía François Mauriac es "esta verdad de la que procede toda poesía" <sup>5</sup>. Europa y su democracia fueron reconstruidas por hombres que se dieron. Que no pensaron en sí mismos. Giulio Andreotti fue uno de los últimos.

En la Europa continental, y en varios países de América Latina, la Democracia Cristiana interpretó a la perfección la definitiva irrupción del hombre común en la historia. Giulio Andreotti era hijo de Alfonso Filippo Mario Andreotti, maestro de la escuela elemental, y Rosa Falasca. Tenía un hermano, Francesco, y una hermana, Elena, que falleció de pulmonía en 1934. Pero mucho antes, el 14 de diciembre de 1921, un mes antes de que Giulio cumpliera tres años, murió su propio padre, como consecuencia de "una enfermedad dependiente del servicio de guerra". Debajo de su casa había una *trattoria* en donde acostumbraban a comer los jugadores de la Roma, el equipo del pequeño Giulio, y al lado del restaurante vivía Elisabetta Pacelli, sobrina del secretario de Estado de la Santa Sede, Eugenio Pacelli. Mamma Rosa siempre tuvo buena relación con Elisabetta. Y el pequeño Giulio, educado en la religión por su madre, conoció desde muy niño la dignidad vaticana. Y empezó a tratar, con toda normalidad, a los Pacelli<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> MAURIAC, F.: *Memorias interiores. Nuevas memorias interiores*. Barcelona. 1969, p. 417.

<sup>6</sup> FRANCO, M.: *Andreotti, la vita di un uomo politico...*, pp. 10 y ss.

Pero no sólo Andreotti era un hombre común que provenía de una familia común. De Gasperi era hijo de ferroviario, después gendarme. Adenauer, de un panadero convertido en militar tras la guerra franco-prusiana; Mario Scelba de agricultores; Aldo Moro de maestros; Thomas Klestil de un conductor de tranvías de Viena. También existían en la Democracia Cristiana aristócratas: François de Menthon, líder de la Resistencia en el Delfinado, después ministro de Justicia en el gobierno provisional de Charles de Gaulle, lo era. Cuando le preguntaron cómo entendía, en cuanto aristócrata, la democracia, y singularmente la democracia de inspiración cristiana, su respuesta fue escueta: "como un privilegio: el de no reconocermé más que obligaciones, y nunca derechos".

Esos hombres comunes, cualesquiera que fuera su origen, sin falsas demagogias, pero también sin snobismos, albergaban una característica adicional: no provenían de las grandes capitales estatales, sino que habían crecido en contextos proverbialmente periféricos, por no decir de frontera, allí donde las identidades se encuentran y suman. Allí donde, como dice John Berger en *El cuaderno de Bento*, su bellissimo libro sobre Baruch Spinoza, "el dibujo acumula las repuestas". Entre las grandes figuras cristiano-demócratas sólo Marc Sangnier, el fundador del *Sillon* francés, era parisino y el mismo Giulio Andreotti romano.

Pero el propio Andreotti, en uno de sus más desconocidos libros, el que en 2006 le dedicó a De Gasperi, recordaba que el fundador de la Italia republicana y democrática había nacido como ciudadano austriaco en Tirol del Sur y estudiado en Innsbruck, antes de convertirse en diputado en 1913 en la Dieta Imperial de la confederación danubiana <sup>7</sup>. En Alemania, Adenauer era renano, Erhard bávaro, Kiesinger suabo, Kohl es de Ludwigshafen, en el

---

<sup>7</sup> SAN MIGUEL PÉREZ, E.: *Identidad social cristiana en el siglo XXI. Convicciones y proyección*. Santiago de Chile. 2015, p. 76.

Palatinado, y Merkel nació en Hamburgo; en Francia, Georges Bidault era de Moulins, en el Berry, François de Menthon jurasiano, Paul y Henri Coste-Floret de Montpellier, Maurice Schumann de Estrasburgo, y François Bayrou es bearnés; en Italia, Giuseppe Dossetti era genovés de nacimiento y emiliano de adopción, Luigi Sturzo y Mario Scelba sicilianos de Caltagirone, Aldo Moro era de Apulia, Emilio Colombo de Potenza, en la Basilicata, Amintore Fanfani toscano, los Segni y Francesco Cossiga sardos, Mariano Rumor del Véneto, Giovanni Leone napolitano, Benigno Zaccagnini romañés de Faenza... En Austria, el canciller Josef Klaus era de Köschach-Mauthen en Carintia, Leopold Figl de la Baja Austria, Alfons Gorbach tirolés...

Si se me permite la digresión, las grandes generaciones de creadores españoles expresan también a la perfección esta intrínseca "confederalidad" de la vida del espíritu: en la del 98, Baroja y Unamuno eran vascos, los Machado andaluces, y Azorín alicantino; en la del 27. Gerardo Diego era cántabro, Jorge Guillén vallisoletano, Federico García Lorca, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti y Luis Cernuda eran andaluces, y sólo Pedro Salinas y Dámaso Alonso eran madrileños; en la del 50, Jaime Gil de Biedma y Carlos Barral eran catalanes, Ángel González asturiano, y José Ángel Valente gallego.

Los más grandes narradores del siglo XX en el territorio español, para mí Josep Pla y Joan Sales, eran catalanes y escribían en catalán. Por no hablar de figuras como Màrius Torres y Salvador Espriu. Que esa "confederalidad" de la vida y de la creación no haya sido parte de nuestra escena política, y para conocer la historia de la creación y la consolidación del Estado liberal español resulte ineludible referencia recorrer la historia del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, es un hecho que puede y debe movernos a la reflexión. Andreotti fue uno de esos políticos que, desde el epicentro de la tensión estatal, entendió la pluralidad intrínseca a un país como



Italia. Esa pluralidad es parte integrante de la sencillez que acompaña al espíritu cívico.

### **3. Un poder a la medida de las grandes realidades populares**

Pero ese espíritu cívico adquiriría expresión tangible y concreción en la vida institucional. Para Andreotti, lo relevante de Alcide de Gasperi era su coherencia personal. Y, en esa coherencia, la garantía del darse y del olvidarse era el ejercicio del poder. Creo que una de las mayores aportaciones de la Democracia Cristiana de posguerra a la conciencia pública y la vocación política de los cristianos es la normalización de la relación con el poder. Es verdad que una normalización muy problemática. En la última de las cartas que envió desde la "cárcel del pueblo" en la que fue recluido por la barbarie comunista de las "Brigadas Rojas", Aldo Moro, el siempre recordado *caro Aldo* de Andreotti, su viejo camarada en la FUCI, decía que no quería a su lado "a las gentes del poder"<sup>8</sup>.

Pero Andreotti se había formado con De Gasperi, un De Gasperi que, aunque en sus cartas a su novia y futura esposa Francesca le decía "soy pobre", reclamaba como político el poder para la pobreza. Quería, como decía Agostino Giovagnoli, un poder pobre, a la medida de "un partido representativo de las grandes realidades populares", y no de las tradicionales élites de derecha y de izquierda<sup>9</sup>. La experiencia del enfrentamiento con el comunismo y con el fascismo mostró a los cristiano-demócratas la responsable necesidad de ganar el poder.

Simone Weil, la pensadora judía convertida al cristianismo que murió en 1943, en plena contienda, decía que, en la *Ilíada*, Homero

---

<sup>8</sup> MORO, A.: *Lettere dalla prigionia*. A cura di Miguel Gotor. Torino. 2008, pp. 151 y ss.

<sup>9</sup> GIOVAGNOLI, A.: *La proposta politica di De Gasperi*. Bologna. 1978, pp. 203-204.

había dejado tres grandes enseñanzas: no admirar al poder, no despreciar el sufrimiento humano, y no odiar a los enemigos. Creo que es imposible hacer política ignorando estas tres aportaciones del gran aedo. No odiar al enemigo, dijo Richard Nixon en su despedida de sus colaboradores en la Casa Blanca, el verano de 1974, era la única repuesta al odio. Porque, si se responde al odio con el odio: "la consecuencia es que gana el que odia; y, a cambio, tú te destruyes". El odio es un recurso muy poco inteligente. En la política, y en la vida.

Como es muy poco inteligente desdeñar el padecimiento y la desesperación. Al comienzo de *Becket*, la maravillosa película inspirada en el *Becket* de Jean Anouilh y, sobre todo, en *Asesinato en la catedral*, de T. S. Eliot, y que en 1964 dedicó Peter Glenville al arzobispo de Canterbury que no dudó en enfrentarse con Enrique II Plantagenet, el fundador de la monarquía angevina, un modelo de Estado compuesto y confederal que, por muchos conceptos, representa una muy interesante réplica atlántica de la confederación catalano-aragonesa, y ambas el precedente histórico de la propia Monarquía Hispánica, Enrique II entra en triunfo en una levantisca ciudad francesa que se rinde después de perdonar la vida a sus defensores. Becket le pregunta por qué les ha perdonado. Enrique II le responde: "nada tan peligroso como un hombre desesperado; la desesperación origina siempre conductas imprevisibles". Becket que, lo saben muy bien Enrique Plantagenet y sus esbirros, representa el verdadero poder, el que no pasa ni desaparece<sup>10</sup>.

Pero, sobre todas las cosas, en efecto, se trata, se trataba para Andreotti, de no admirar el poder. Tenerlo, como una herramienta legítima. Pero no depender del poder. Ni política, ni vitalmente. Marc Sangnier, el fundador de la cristiano-democracia francesa a partir de la experiencia del *Sillon*, condenada por San Pío X en 1910, definía a la democracia como "el poder del pueblo para la libertad". Andreotti creció en un clima político carente de complejos, en donde

---

<sup>10</sup> ELIOT, T. S.: *Asesinato en la catedral*. Madrid. 2009, pp. 82 y ss.

precisamente los líderes más animados por una profunda conciencia social, como La Pira o Dossetti, este último partisano durante la guerra en la Emilia-Romaña, partisano sin armas, abogaban por la construcción de una potente maquinaria partidaria, sin la que resultaría imposible disputar la victoria a la bien organizada izquierda.

Un clima en el que el espacio natural de desenvolvimiento de esa vocación de poder era el Estado, refundado de acuerdo con la doctrina social cristiana para hacer posible, como quería Dossetti, "la revolución dentro del Estado". O, como decía el Movimiento Republicano Popular Francés en su Congreso fundacional, en noviembre de 1944, "la revolución a través de la ley". Durante este tiempo Giorgio La Pira habría de escribir su *Examen de conciencia ante la Constituyente*, antes de ser alcalde de Florencia, entre 1951 y 1958 y entre 1961 y 1965, y componer *Para una arquitectura cristiana del Estado* poco después de *El hombre y el Estado* de Jacques Maritain, aparecido en 1951. Pero siempre dentro de la fidelidad a la Iglesia. El propio La Pira adjudicaba a Pío XII, en una carta que le dirigió el 29 de diciembre de 1955, el "pilotaje político" del mundo, si es que se deseaba superar el enfrentamiento entre los bloques y ganar la paz para las naciones<sup>11</sup>.

Giulio Andreotti creció políticamente en esa escuela. Mejor dicho: en la íntima enemistad con esa escuela, como subsecretario de la presidencia y hombre de confianza de Alcide de Gasperi. Pero, como amigo y rival de Dossetti y La Pira, Andreotti creyó en el Estado. Mejor dicho: en la fortaleza que, dice Leonardo Sciascia en *El caso Moro*, construyó la Democracia Cristiana<sup>12</sup>. La efímera década que compartieron De Gasperi desde el Palacio Chigi y Dossetti desde la Plaza del Gesú constituyó su mejor escuela. Y, en esa escuela asimiló la lucha contra todas las formas de la pobreza como gran

---

<sup>11</sup> LA PIRA, G.: *Beatissimo Padre. Lettere a Pio XII*. A cura di Andrea Riccardi e Isabella Piersanti. Milano. 2004, p. 178.

<sup>12</sup> SCIASCIA, L.: *El caso Moro*. Barcelona. 2010, pp. 17 y ss.

objetivo, un objetivo que durante los mandatos de Andreotti como primer ministro, entre 1972-1973, 1976-1979, y 1989-1992, se había convertido, más propiamente, en la consolidación de la clase media y la posición de Italia en el mundo como gran potencia democrática y fundadora de la Alianza Atlánticas, las Comunidades Europeas, y el G-7.

Andreotti, un hobbesiano cristiano, uno de esos pesimistas que, como Elías Canetti, consideraban el pesimismo superfluo, por veraz, se fortificó en el Estado. Se instaló en él. Y pudo entender perfectamente el contenido del primer telegrama de felicitación que recibió cuando, en 1959, fue nombrado ministro de Defensa. Por cierto: lo sería hasta 1966, es decir, en pleno gobierno largo de Aldo Moro, con Nenni como viceprimer ministro, antes de pasar ese mismo año 1966 a Industria. Su autor era Giorgio La Pira, y le pedía que creara un instituto de estudios sobre el arma más devastadora de todas las existentes: "el arma nuclear de la oración"<sup>13</sup>.

Diputado electo en la legislatura constituyente y en las diez primeras legislaturas, antes de convertirse en senador vitalicio, es decir, parlamentario ininterrumpido desde el 2 de junio de 1946 hasta el 6 de mayo de 2013; tres veces presidente del Consejo de Ministros, formando siete ejecutivos diferentes; ministro de Interior, Finanzas, Hacienda, Defensa, Industria, Presupuestos, y Relaciones Exteriores en 27 ejecutivos diferentes, y con presidencia o cartera ininterrumpida entre 1954-1968, 1972-1979, y 1983-1992. Ministro por primera vez en 1954, presidente del Consejo por última en 1992; electo como diputado europeo en 1989; senador vitalicio desde 1992 hasta su fallecimiento... Nadie como Giulio Andreotti encarna todas las dimensiones de la dedicación a los asuntos públicos. El entendimiento del Estado como el "en sí, por sí y para sí" hegeliano. Paradojas de la historia, el lector de Maritain (aunque no tan devoto del pensador parisino como el padre Montini o el querido Aldo) se convirtió en el

---

<sup>13</sup> ANDREOTTI, G.: *Visti da vicino*. Milano. 2000, p. 77.

paradigma del servidor público tal y como lo entendía don Jorge Guillermo Federico.

Y desde la cuna hasta la sepultura. No puede ignorarse la trayectoria vital de Andreotti. Una trayectoria democrática, con base electoral romana, es decir, no precisamente hija de Romero Robledo. Una trayectoria que comienza en plena guerra, en 1940, cuando es nombrado subdirector de *Azione fucina*, la revista de la mítica FUCI, cuya presidencia nacional asume en 1942, tras ser llamado a filas Aldo Moro. Tras su histórico encuentro con Alcide de Gasperi en la Biblioteca Vaticana, en 1943, se une a la naciente refundación del antiguo populatismo. En julio de 1944 asiste al Congreso fundacional de la Democracia Cristiana en Nápoles. Andreotti se convierte en político después de haber acreditado su identidad como militante...

...Y como político construyó su propia identidad. Tras la muerte de Alcide de Gasperi, en el final del verano de 1954, lleno de preocupación por el proyecto europeo tras el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa en la Asamblea Nacional francesa y, también, de amargura, dirigiendo sus últimas cartas al presidente del Consejo de Ministros, Amintore Fanfani, en pleno "Fanfani I", Andreotti quedaba adscrito al ala más centrista de la Dc en plena hegemonía de los herederos de Dossetti, de Fanfani y, sobre todo, para siempre, del gran Aldo Moro.

Es entonces cuando Andreotti, que carecía de la espiritualidad cálida y arrebatadora de La Pira o Dossetti, de la experiencia en delicadas tareas de gobierno de Scelba, de la energía y el control del aparato del partido de Fanfani, de la sabiduría napolitana de Leone, y de la capacidad intelectual de Moro, se convirtió en una suma de las cualidades de todos sus compañeros. En el hombre que escuchaba y dominaba el gesto, la mirada, el rictus y, cómo no, el silencio. Enigmático. Imperturbable. Desconcertante. Pero que, contra lo que puedan decir los aspirantes a "andreottiólogos", era siempre explícito cuando hablaba: "sé que soy un hombre mediano... pero no veo

gigantes a mi alrededor". O que cuando le preguntan por la evolución de la izquierda en Italia dice: "...La Margarita, El Olivo... es la política botánica".

Un gran escritor gallego cuyo estilo vital coincidía mucho con el de Giulio Andreotti, Gonzalo Torrente Ballester, decía en el primer volumen de *Los gozos y las sombras, El señor llega*, en una memorable conversación entre sus protagonistas, Cayetano y Carlos, entre el armador enriquecido y brutal, y el aristócrata en retroceso formado en Viena con Freud, que el poder es distinto "para el que lo ejerce, para el que lo sufre y para el que lo contempla", tal y como lo entiende Carlos, quien se adscribe a la tercera de las tipologías. La novela demuestra, al final, en el tercer volumen, *La Pascua triste*, igual que lo demuestra la historia, que no existe posibilidad de contemplar el poder. O se ejerce, o se sufre. Es decir: se sufre siempre. Y Andreotti optó por ser, desde luego, parte de él. Honestamente. Abiertamente.

#### **4. El bien, el mal, la supervivencia... y los mejores años de nuestra vida**

Cuando hace ahora algo más de cuarenta años, en 1973, Nixon y Mao mantuvieron su histórico encuentro en Pekín, un encuentro que por muchos conceptos constituye la fundación de la Era en la que vivimos, y como el propio presidente estadounidense relata en sus *Memorias*, Nixon le preguntó a Mao por qué había decidido establecer una relación de amistad y de alianza con los Estados Unidos. Mao le respondió que necesitaba ser amigo de los Estados Unidos o de la Unión Soviética. Y que había querido elegir al mejor entre dos males.

Adicionalmente, Mao le confesó a Nixon que, en Occidente, prefería el comportamiento político de la derecha al de la izquierda. Cuando Nixon le preguntó acerca de las razones de esa predilección, el líder chino le respondió que la izquierda se limitaba a hablar, mientras la derecha adoptaba decisiones. Y él solo podía entenderse

con las personas que entendían la acción política y de gobierno como un ejercicio basado en la decisión. Mao le confesó a Nixon su respeto por él mismo, por Eisenhower antes que por él, por De Gaulle, y por Adenauer.

Reconocer los males antes de optar por alguno de ellos es una cualidad de la que nunca renegó el Andreotti que, cuando se le preguntaba si era verdad lo que había afirmado Indro Montanelli, es decir, que si era cierto que De Gasperi y Andreotti iban juntos a la Iglesia, pero que De Gasperi hablaba con Dios, y Andreotti hablaba con el cura, había respondido lacónicamente: "es cierto: el cura vota". Paolo Sorrentino, en el escalofriante monólogo de dos minutos que Toni Servillo protagoniza en *Il divo*, presenta a un Andreotti que procede a una exposición descarnada de su pensamiento, de cómo la política le ha presentado la disyuntiva entre un obrar en nombre del bien que conduce al caos, es decir, a la antítesis del bien, tal y como pretendía Aldo Moro, o la conciencia de quien sabe que, en ocasiones, hacer el bien puede llegar a exigir asomarse al abismo del mal. *Il divo* se adelanta en apenas cuatro años al *Lincoln* de Steven Spielberg. Thaddeus Stevens muestra en la película del director estadounidense el acta de aprobación de la decimotercera enmienda a su amante de color, y le dice: "el hombre más puro de América ha alcanzado el mayor logro político en este siglo recurriendo a los medios más abominables".

Andreotti conocía bien los meandros que describe la actividad política. Sostenía que en modo alguno la estrategia que él propugnaba al frente del sector más pragmático de la Dc equivalía a la denominada por la oposición "estrategia de la tensión", que se basaba en fomentar el miedo y, con él, la adhesión de los ciudadanos temerosos del cambio. Andreotti, quien había nacido apenas dos meses después del final de la Gran Guerra, había crecido a lo largo del fascismo, y había padecido la II Guerra Mundial, decía que se trataba más bien de la "estrategia de la supervivencia".

Contaba que, cuando De Gasperi murió, siendo primer ministro Fanfani, el primer heredero político de Dossetti, pero no el más grande, porque ese lugar estaba reservado a Aldo Moro, la secretaria de uno de los ministros más partidarios de Fanfani, dijo: "menos mal que De Gasperi está muerto; ahora podremos librarnos de Andreotti". A partir de entonces, en los casi sesenta años restantes de su vida pública y de su trayectoria política, Andreotti fue muy consciente de su identidad política como un hombre al que sus adversarios querían eliminar, y no derrotar o relegar.

En *Il divo* de Paolo Sorrentino, cuando se abre el primero de los procesos contra Giulio Andreotti, él se lo comunica a su esposa, Livia Danese, al llegar a casa. Ella le responde seca, pero firme: "sé cómo eres; no se está casada con un hombre cincuenta años sin conocerle; lucharemos". Después, en la televisión, el músico romano Renato Zero, el único de la historia que ha conseguido en Italia al menos un número 1 en cinco décadas diferentes, desde los 80' hasta la actual, interpreta *I migliori anni della nostra vita*, una canción imprescindible en el paisaje sentimental del país. Andreotti y su esposa se toman de la mano mientras escuchan al célebre cantante cuyo pánico a los aviones le ha convertido en un fenómeno puramente italiano, cantar "*i migliori anni della nostra vita/ stringemi forte che nessuna notte é infinita*", como respondiendo a Catulo cuando decía que "larga es la noche que no trae el día".

La política, después de Andreotti, puede y debe evaluar con humildad sus propios logros. El Andreotti de Paolo Sorrentino le decía a su esposa Livia que no sabía las maldades que debía comerse el poder para asegurar el bienestar y el desarrollo del país. Que él mismo había debido encarnar el poder para perpetrar la monstruosa e inconfesable contradicción: perpetuar el mal para garantizar el bien. Por eso hombres como Aldo Moro, amantes irreductibles de la verdad, no podían prevalecer. Por eso la verdad no era una cosa justa, sino el



fin del mundo. Y él no podía consentir el fin del mundo en nombre de una cosa justa.

Ni seis juicios permitieron dotar de una imagen nítida a Andreotti. Nada más andreottiano que unos procesos que no sólo nada aclararon, sino que revistieron definitivamente al personaje de una aureola mítica, casada la única sentencia condenatoria de "contribución a asociación mafiosa" -un retorcido tipo penal que se diría también inventado por el propio Andreotti- por el Tribunal Supremo debido a su prescripción en el tiempo y a la propia inconsistencia de unas pruebas que se reducían al testimonio de un mafioso. En realidad, Andreotti era ya póstumo para entonces. Su abogada, Claudia Bongiorno, habría de confesar que, cuando le pidió un autógrafo un joven que la reconoció y la llamó por su nombre, le dijo que estaba encantado de conocer a la abogada de Francesco Totti, el mítico capitán de la Roma. El cliente más célebre de Claudia Bongiorno era Totti, y no Andreotti. Cuando el propio Andreotti fue preguntado al respecto, dijo que todo el mundo sabía que él era seguidor de la Roma.

Hugo von Hofmannstahl mantenía que había que concentrar la profundidad de la experiencia de la vida en la superficie. De hacer caso al autor vienés de la impresionante *Carta de Lord Chandos*, Andreotti supo siempre ser un hombre. Y, por lo tanto, vivir. Contemplarle en Montecitorio o, en los últimos años de su vida, en el Palacio Madama, era asomarse a la historia. A su gravedad. A la intensidad existencial de quien, como su compatriota el príncipe de Salina, sabía que "somos únicamente seres humanos en un mundo en plena transformación". Lo subyugante de Andreotti era su también existencial paradoja, y nada tan italiano como la paradoja: era transparente en su discreción, era nítido en su oscuridad, era exuberante en su parquedad. Su silencio, como en la canción napolitana, era un "*silenzio cantatore*". Su soledad final, como la de Luis Cernuda, era una "soledad sonora".

Verle en el escaño, o contemplarle en pleno diálogo con sus colegas, era ya una clase de la más genuina acción política y parlamentaria. Un testigo de la historia. Nunca un cínico, pero siempre lleno de lucidez y de cristiano realismo. Como le dijo en una ocasión a un político español, socialista además, que le describía con entusiasmo la vida política italiana: "hágame caso: no quiera usted italianizar la política española".

El Andreotti de Paolo Sorrentino sostenía que hacía falta amar mucho a Dios para llegar a conocer y comprender cuanto fuera necesario el mal y, así, llegar a conquistar el bien. Y esto, que sabía Dios, había llegado a saberlo él mismo. En *El crimen del soldado*, maravillosa novela del escritor napolitano Erri de Luca, se recuerda que el concepto martirio quiere decir, etimológicamente, dar testimonio, y que el honor de un pueblo no se funda sobre los héroes, sino sobre los testigos. Giulio Andreotti fue un testigo del siglo XX. De la política. De una etapa extraordinaria en la vida de la Iglesia y en la vida democrática. Cuando se estrenó *Il divo* dijo que seguramente no era una gran aportación a la cultura cinematográfica. Pero que, sin embargo, estaba contento por el productor. Aunque estaría más contento si la hubiera producido él mismo. Y no dijo más.

Andreotti era sublime cuando hablaba. Pero letal cuando callaba. La política, después de Andreotti, no sabe guardar silencio. Y acaso, como decía Coco Chanel, porque Andreotti era también uno de esos espíritus indomables, uno de esos "malos muertos", que piensan únicamente en regresar a la tierra para volver a empezar <sup>14</sup>. Malos muertos para una gran política.

---

<sup>14</sup> MORAND, P.: *El aire de Chanel*. Barcelona. 1989, p. 162.